

Palabras introductorias

EXCMO. SR. D. CARLOS ROMERO CAMELO

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Muchas gracias. Excelentísimo y Reverendísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en España, Excelentísimo y Reverendísimo Obispo Auxiliar de Madrid y Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, Excelentísimo señor Director General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, Ilustrísimo señor Director del Congreso, Excelentísimos señores Vicepresidentes de la Asociación Católica de Propagandistas y del Patronato de la Fundación San Pablo CEU, Consejeros Nacionales, Patronos, Secretario General, Rectores de las Universidades CEU y San Dámaso, Propagandistas, Autoridades Académicas, Eclesiásticas, Políticas, Civiles, Profesores, Personal de Administración y Servicios, Estudiantes, Señoras y Señores, queridos amigos.

Comenzamos la XIV edición del Congreso Católicos y Vida Pública, que mantiene el mismo espíritu de los Congresos anteriores, es decir ser punto de encuentro y reflexión de los católicos, pero también impulsar y promover su participación en el debate público. Pero este espíritu debe actualizarse cada año de acuerdo con los signos de los tiempos, y, hoy, su Santidad Benedicto XVI nos ofrece y nos pide que nuestra reflexión se enmarque en el ámbito de tres aspectos concretos: la Nueva Evangelización, a la que tanto esfuerzo dedica el Santo Padre; el Año de la Fe, que ha inaugurado recientemente; y el Concilio Vaticano II, de cuya apertura se cumplen ahora cincuenta años.

Este es, por tanto, el objetivo que la Asociación Católica de Propagandistas y su obra, la Fundación Universitaria San Pablo CEU, se han propuesto al organizar este Congreso, bajo el título: “Un nuevo compromiso social y político: del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización”, título que creemos acertado y oportuno, pues recoge en unas breves palabras, gran parte del pensamiento del Papa.

En el acto de presentación oficial del Congreso, que tuvo lugar el pasado día 8, en esta misma Aula Magna, Monseñor don José Octavio Ruiz Arenas,

Secretario del Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización, se congratuló de los temas que se van a tratar, especialmente de los referidos al Concilio Vaticano II. que profundizan en aquel gran acontecimiento que tanto nos puede ayudar hoy a los católicos; recordó la importancia de defender la institución familiar, y tuvo unas palabras muy especiales a la labor de los laicos y nuestra misión en la Iglesia, porque, decía él: “ustedes llegan a muchos lugares donde nosotros no llegamos”. Finalizó Monseñor Ruiz Arenas su intervención con unas palabras que cito textualmente: “les felicito, porque este Congreso es fiel expresión de lo que la Iglesia espera de los laicos en la Nueva Evangelización”.

Tales palabras, al venir de una personalidad tan significativa dentro de la Iglesia y buen conocedor del pensamiento de nuestro Papa, por los muchos años que trabajó a su lado en la Congregación para la Doctrina de la Fe, son el mejor estímulo para comenzar este Congreso, en el cual hemos puesto tantas ilusiones. Ilusiones no solo dirigidas a los adultos, sino también a los jóvenes y a los menos jóvenes, para quienes se ha organizado un Congreso Infantil y una Noche Joven. Ellos son el futuro, y con ellos tenemos una gran responsabilidad a la hora de ofrecerles virtudes y valores que den fundamento a su vida. Por ello, a través de la música, el diálogo, el teatro o el humor, y con la presencia de invitados de reconocido prestigio en el mundo de la cultura, del arte, del deporte o de las Fuerzas Armadas, queremos compartir sus inquietudes y vivir con ellos momentos de alegría y esperanza.

Y junto a la reflexión sobre los temas concretos a tratar en las tres grandes ponencias, en las interesantes y no pocas veces controvertidas mesas redondas, y en las siempre originales comunicaciones, ocupa un lugar especial el acto cultural, que hemos llamado “La Voz del Silencio”. Este año el tema escogido para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales se titulaba “Silencio y Palabra: Camino de Evangelización”, porque dice el Papa que “silencio y palabra son elementos esenciales e integrantes de la acción comunicativa de la Iglesia, para un renovado anuncio de Cristo en el mundo contemporáneo”. En el silencio escuchamos a Dios y nos escuchamos a nosotros mismos, paso previo para escuchar y comunicarnos con los demás.

Y este año presentamos la novedad del que esperamos sea fructífero debate “fe, Razón y Vida”, que pretende establecer un diálogo que inicie el acercamiento con el alejado y con el no creyente y, novedad también, ofreceremos un merecido homenaje al Beato Juan XXIII, impulsor del Concilio Vaticano II.

Invito a cada uno de ustedes a que se sientan protagonistas de este Congreso, porque es un Congreso de todos y para todos, no para beneficio pro-

pio sino para reforzar nuestro compromiso como católicos, pues es mucho lo que podemos aportar a la sociedad.

Hace breves momentos el señor Nuncio ha tenido a bien entregarme en mano la solicitada bendición de Su Santidad, que procedo a leer:

“Su Santidad Benedicto XVI saluda cordialmente a los organizadores y participantes en el XIV Congreso Católicos y Vida Pública, bajo lema ‘Un Nuevo Compromiso Social y Político: del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización’, que tiene lugar en Madrid, y siguiendo el renovado impulso del gran acontecimiento eclesial recordado, les alienta a reafirmar la Fe recibida en el bautismo, para que con la Luz del Espíritu Santo, intensifiquen su compromiso y testimonio de la Verdad y el Amor a Cristo en sus hogares, espacios académicos, de trabajo profesional, y en la esfera pública, a favor de un orden temporal justo, mirando a la construcción del Reino de Dios.

Asimismo, ante el cincuentenario del Concilio Vaticano II, Su Santidad les agradece y anima a proseguir la feliz iniciativa emprendida como cauce y respuesta concreta a la insistencia conciliar a la formación para el apostolado de los laicos.

El Santo Padre, a la vez que invoca a la intercesión de la Santísima Virgen María, para que ese encuentro alcance abundantes frutos, imparte de corazón a los congresistas la implorada Bendición Apostólica que extiende también a sus queridas familias.

Monseñor Renzo Fratini, Nuncio Apostólico”.

Muchas gracias.

Un nuevo compromiso social y político. Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización

EXCMO. Y RVDMO. SR. D. RENZO FRATINI
Nuncio Apostólico de Su Santidad en España

Excelentísimo Señor Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y de la Fundación San Pablo CEU, Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo Auxiliar de Madrid, Consiliario General de la Asociación Católica de Propagandistas, Excelentísimo Señor Director General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, Ilustrísimo Señor Director del Congreso, muy estimados ponentes y participantes en este XIV Congreso Católicos y Vida Pública, señoras y señores:

Les saludo cordialmente y expreso mis sentimientos de viva gratitud por la invitación amablemente presentada a este acto inaugural, signo de comunión eclesial con el Santo Padre Benedicto XVI, a quien tengo el honor de representar en España. Como es habitual en estas provechosas ediciones “Católicos y vida pública”, vuestra atención se centra en las propuestas con las que el Santo Padre va orientando los acontecimientos eclesiales, por lo que, en el presente, ustedes han acogido justamente el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y el comienzo del Año de la Fe.

Ciertamente, el Concilio Ecuménico Vaticano II fue un gran evento eclesial y un acontecimiento mundial. En su discurso inaugural, el Beato Juan XXIII manifestó la oportunidad de su celebración y subrayó el deber de promover la unidad de la familia cristiana y humana. Al mismo tiempo el Papa manifestó el carácter eminentemente pastoral del concilio con estas palabras: “Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. [...] la Iglesia [...] ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano [...] no deja de

advertir a los hombres para que, por encima de las cosas visibles, vuelvan los ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza” (Alocución en la sesión inaugural del Concilio Vaticano II. En *Ecclesia*, II, 1962, p. 1.279 ss).

Los documentos emanados del concilio son semilla de gran valor para favorecer la vida eclesial y todos los aspectos de la sociedad, particularmente para cuantos los meditan y los ponen en práctica con la mente del Santo Padre desde lo que él llama “la hermenéutica de la continuidad con la Tradición de la Iglesia”. Las aportaciones del concilio se nos presentan no como una meta, sino más bien como una etapa que nos llena de vigorosas energías para proseguir en los caminos del Señor, colaborando eficazmente en la edificación de la Iglesia y en la construcción de un mundo mejor para todos.

El pasado 11 de octubre se cumplieron cincuenta años de su inauguración. El Santo Padre Benedicto XVI, desde la ventana de su apartamento en el Palacio Apostólico, nos comunicaba su experiencia como participante en aquella ocasión: “Estábamos felices –diría– y llenos de entusiasmo. El gran Concilio Ecuménico se inauguraba; estábamos seguros de que debía llegar una nueva primavera para la Iglesia, un nuevo Pentecostés, con una nueva presencia fuerte de la gracia liberadora del Evangelio. También hoy estamos felices, traemos la alegría en nuestro corazón, pero diría una alegría tal vez más sobria, una alegría humilde [...] Hemos visto que la fragilidad humana está presente igualmente en la Iglesia [...] pero hemos tenido también, una nueva experiencia de la presencia del Señor, de su bondad, de su fuerza [...] Sí, Cristo vive, también hoy está con nosotros, y podemos ser felices también hoy, porque su bondad no se apaga” (11/10/2012).

Tras evocar el magno acontecimiento eclesial, permítanme tres pensamientos al hilo del tema de la presente edición “Católicos y Vida Pública”.

- ¿Qué dijo el Concilio Vaticano II de la misión de los laicos?
- ¿Qué pretende el Año de la Fe?
- En referencia al reciente Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana, ¿a qué animan los Obispos de la Iglesia a los laicos?

La tarea de los laicos en la doctrina conciliar

El último concilio supuso la afirmación de la función específica, trascendental y responsable del laicado en la misión evangelizadora, como parte del Pueblo de Dios que es, al mostrar a la Iglesia como “misterio”, eso es, como “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1).

Al partir de la dimensión del “misterio”, el concilio subraya la unidad constitutiva de la Iglesia, en virtud de la cual, la Constitución *Lumen Gentium*, concretamente en los números 31 y 33, va a señalar que el laico participa de la misión evangelizadora por el bautismo y de la confirmación para hacer presente a la Iglesia en el mundo. Pero esta misión tiene un carácter bien concreto. Dice *Lumen Gentium*: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (LG 31). Por tanto, la misión de la Iglesia, su misión evangelizadora, también contiene en sí un “carácter secular” cuyo ejercicio específico es propio del laico en el espacio de lo que llama Pablo VI “el orden temporal” (Discurso a los Institutos Seculares, 2/2/72).

El decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem* asigna los lugares específicos donde esa responsabilidad en la misión evangelizadora por parte de los laicos es ejercitada, bien individualmente o de forma asociada, insistiendo en la prioridad del apostolado. Todos los laicos están llamados a ejercitar el apostolado seglar siempre y en todas partes (Cf. AA 16) a fin de lograr una mayor influencia del Evangelio en la sociedad (Cf. 18). El concilio señaló la acción caritativa (AA 8), la familia (AA 11), la juventud (AA 12), el medio social (AA 13), y la vida nacional e internacional (AA 14). En todos estos lugares “los laicos [...] pueden y deben desplegar una actividad muy valiosa en orden a la evangelización del mundo” (LG 35) y en todos ellos su tarea es “impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico” (AA 5). El motivo se halla en que los órdenes espiritual y temporal “están compenetrados de tal forma en el único designio de Dios, que el mismo Dios tiende a reasumir, en Cristo, todo el mundo en la nueva creación, incoactivamente en la tierra y, plenamente, en el último día” (*ib.*). El laico se encuentra particularmente entre ambos órdenes, por ello es decisivo el valor de su conciencia: “El laico, que es a un tiempo fiel y ciudadano, debe comportarse siempre en ambos órdenes con una conciencia cristiana” (*ib.*).

La distinción de los dos órdenes, espiritual y temporal, permite al concilio una concepción de la relación entre la Iglesia y el Estado que manifiesta en la Constitución *Gadium et Spes*: “la comunidad política y la Iglesia –dice– son independientes y autónomas la una de la otra en su propio campo” (GS 76). Esta concepción abre nuevos horizontes al compromiso del laicado desde la conciencia cristiana.

Por tanto el laicado es así un estado peculiar de vida dentro de la Iglesia y del mundo. Los laicos “están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento” (LG 31).

Todo esto quedará desarrollado en el magisterio posterior, particularmente en las encíclicas sociales de Pablo VI y Juan Pablo II, piénsese en la

Exhortación Apostólica de este último, *Christifideles Laici* (30/12/1988), que subraya la participación de los laicos en el triple *munus* de Cristo afirmando de los laicos que están “llamados de modo particular para dar de nuevo a la creación entera todo su valor originario [...] por la vida de la gracia [...] para que Dios sea todo en todos” (nº 14).

El año de la fe ¿qué propone?

Con la dedicación de este año a la virtud teologal de la fe, el Santo Padre tiene un fin inmediato y próximo y otro que, evidentemente, tiene una prolongación. El pasado 11 de octubre el Papa manifestaba que el presente año quiere ser “el modo mejor de recordar y conmemorar el concilio: concentrarnos en el corazón de su mensaje, que por lo demás no es otro que el mensaje de la fe en Jesucristo, único Salvador del mundo, proclamado al hombre de nuestro tiempo” (12/10/12).

Pero la finalidad profunda de este año es aprovechar pastoralmente la recordada efeméride para “intensificar la reflexión sobre la fe, para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo [...] Deseamos –afirma el Santo Padre– que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza” (*Porta Fidei*, 8.9). Y esto, podemos decirlo así, no para un momento o un año, sino para habituarnos, para enseñarnos a vivir y proclamar la fe en nuestra vida concreta. Solo así podemos realmente llevar a los demás el amor de Dios. En su Encíclica *Deus caritas est*, hablaba el Papa de la relación de la fe, que es la raíz y de la caridad, que es su fruto, de esta manera:

“La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo” (*Deus caritas est*, nº 39)

Es precisamente por medio de la fe y de la caridad como el laico confiere a la actividad humana una perspectiva de eternidad, viviendo en todo momento desde su condición filial en Cristo.

Lo esencial de la misión participada, en cualquier lugar en que se encuentre el fiel cristiano, es –como nos ha dicho el Santo Padre– “llevar el rayo del amor de Dios al corazón y a la vida de cada hombre y de cada mujer, y conducir a los

hombres y mujeres de toda época hacia Dios al retorno a la fuente viva del Evangelio, al encuentro transformador con la persona de Jesucristo” (12/10/12).

¿Qué esperan y a qué os animan los obispos en referencia al pasado sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana?

El Sínodo de los Obispos es una institución permanente, creada por el Papa Pablo VI (15 de septiembre de 1965), mediante el Motu Proprio *Apostolica Sollicitudo*. Su fin es favorecer una estrecha unión entre el Sucesor de San Pedro y los mismos obispos y prestar ayuda con su consejo al Romano Pontífice en la salvaguarda y el crecimiento de la fe; en la observancia y la consolidación de la disciplina eclesiástica y, también, para estudiar los problemas referentes a la actividad de la Iglesia en el mundo.

En su última reunión, los padres sinodales han resaltado la “urgencia que aparece en todas las regiones, tanto las de antigua como las de reciente evangelización. En todos los lugares se siente la necesidad de reavivar una fe que corre el riesgo de apagarse en contextos culturales que obstaculizan su enraizamiento personal, su presencia social, la claridad de sus contenidos y sus frutos coherentes” (nº 2). Los obispos han afirmado que “de esto son responsables las comunidades cristianas y, en ellas, cada discípulo del Señor” (*Ib.*).

El Sínodo, convencido de que el mundo ha sido creado por Dios y redimido por Cristo muerto y resucitado, no ha caído en el pesimismo, pero acepta que los cambios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos de hoy suponen un “desafío”.

A la atención del nivel de encuentros, como el presente, cabría subrayar el aspecto que implica lo que los obispos llaman, en su Mensaje al Pueblo de Dios, “la secularización y la crisis de la hegemonía de la política y del Estado” (nº 6). No solo señalan la “secularización de la política y del Estado”, no, el Sínodo habla además de “crisis de la hegemonía de la política y del Estado”. El título del presente Congreso es “Un nuevo compromiso social y político. Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización”. Pues sí, en medio de esta realidad, que podemos decir “nueva”, la Iglesia opta por una presencia en la sociedad. ¿De qué modo?. En el Kerigma, la familia, el diálogo fe-razón y el ejercicio de la caridad.

- Anunciando abiertamente a Jesucristo.
- Comprometiéndose con la familia fundada en el matrimonio conforme al designio de Dios creador, lugar de trasmisión natural de la fe (nº 7), “desarrollando –sobre y por ella– un especial cuidado [...] por su misión en la sociedad y en la Iglesia”.

- Renovando la alianza entre fe y razón en el espacio de la educación y la cultura.

En este punto, en el terreno cultural, se incluye un campo amplísimo:

- Las Universidades e instituciones educativas. En este espacio “la Iglesia se ve impulsada a testimoniar su propia experiencia y a contribuir a una formación integral de la persona”. El Sínodo señala de manera particular a las escuelas y universidades católicas, “en las que la apertura a la trascendencia, propia de todo itinerario cultural sincero y educativo, debe completarse con caminos de encuentro con la persona de Jesucristo y de su Iglesia” (nº 10).
- Los *Mass Media*. “Lugar donde en muchas ocasiones se forman las conciencias y se muestran los hechos de la propia vida [...] deben ser una oportunidad nueva para llegar al corazón de los hombres” (*Ib.*).
- La ciencia y la técnica. Que necesita liberarse del molde cerrado del materialismo si quiere servir a la persona humana, a una verdadera humanización (Cf. *Ib.*).
- El mundo del arte. El camino de la belleza siempre ha sido camino privilegiado de evangelización y de expresión también del Mensaje de Salvación (Cf. *Ib.*).
- Viviendo el compromiso de la fe en la caridad:
- El mundo del trabajo. Propugnado a la persona como centro del desarrollo económico. Es especialmente lacerante la situación de desempleo, particularmente de los jóvenes (Cf. *Ib.*).
- La presencia de los pobres y el compromiso en la justicia. Como su Señor, también la Iglesia se hace cercana a los que sufren y a los pobres (nº 6). Esta pobreza, sobre todo en este tiempo de crisis, hay que pensar que también “cambia a las personas más que un discurso, enseña fidelidad, hace entender la fragilidad de la vida, exige oración; en definitiva, conduce a Cristo” (nº 12).

Termino mis palabras agradeciendo vivamente cuanto desde estos congresos se trabaja por iluminar el compromiso de los católicos en la sociedad. El Año de la Fe nos invita a pensar que el compromiso que conlleva esta virtud teologal es la misma evangelización, la cual será tanto más eficaz cuanto más se centre en la Persona de Cristo, el Verbo hecho carne que nos revela al Padre.

Las abundantes filosofías pesimistas, por citar las más modernas recordemos a Schopenhauer por ejemplo, las filosofías mecanicistas y, por desgracia, parte de la ciencia moderna cerrada en sí misma, niegan la ordenación del

mundo terrestre al hombre. Sin embargo, la técnica y el dominio del mundo no pueden atenuar la finalidad trascendente de la vida humana, pues siendo el verdadero desarrollo una capacidad de la persona humana, no puede darse de hecho una separación entre el progreso material y espiritual, pues si se da verdadero progreso material, se da un desarrollo de la inteligencia y de la voluntad humana y estas potencias no pueden cerrarse a Dios. Entonces corre riesgo la persona, atrapada en el sinsentido de la glorificación y culto de lo más externo, lo cual no tiene ya sentido ni alma. Debajo está la tesis agustiniana de las dos ciudades que tienen dos objetos. “Dos amores hicieron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad del mundo; el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, hizo la Ciudad de Dios” (*Ciudad de Dios*, libro XIV, cap. XXVIII).

Al abarcar todas las dimensiones de la persona, el Evangelio trasciende el orden político: “La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina” (GS 42). Como observa el Papa Benedicto XVI, para asumir un determinado compromiso social y político, el punto de partida no puede prescindir de “el principio”, de la creación, donde coinciden el Logos y la *ratio* humana, la persona, cuya naturaleza es su propia libertad y la caridad que mira el bien común de todos.

Al concluir mis palabras les expreso mi vivo deseo de que las reflexiones de estos días clarifiquen y ayuden a asumir realmente la opción por aquella ciudad que, teniendo su comienzo aquí, convierte a la persona en reflejo del misterio de la Trinidad Santísima. En el misterio de Dios la relación pertenece a la sustancia de su ser: el amor. De esta manera, podemos decir con palabras del concilio, “harán manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad” (LG 31). Así, iluminando y ordenando las realidades temporales con la vida teologal, éstas se realizarán y progresarán conforme a Cristo, y serán para la gloria del Creador y del Redentor. Éste es el punto siempre invariable en el renovado compromiso en la misión evangelizadora.

Muchas gracias.

Un nuevo compromiso social y político. Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización

EXCMO. Y RVDMO. SR. D. FIDEL HERRÁEZ VEGAS

Obispo Auxiliar de Madrid y Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas

Mi sincero y cordial saludo a quienes están presidiendo también este acto de inauguración. Mi acogida y saludo igualmente para todos y cada uno de los participantes en este XIV Congreso Católicos y Vida Pública.

En este acto de apertura quiero subrayar sencillamente tres palabras que focalizan la convocatoria y contenido de este Congreso, y sobre las que se irá abundando estos días durante el desarrollo del mismo. Las palabras son: evangelización, sociedad y política. Palabras que expresan realidades en las que el Congreso reflexionará y profundizará con la ayuda de los expertos y la participación de todos ustedes. Palabras que reclaman hoy nuestra atención por ser llamadas apremiantes de la Iglesia a la participación e implicación de los cristianos en la Nueva Evangelización y, especialmente los laicos, en los diversos ámbitos de la vida pública. Palabras que toman especial relieve a la luz de la misión de la Iglesia, de su doctrina, de su pensamiento y de su voz desde el Vaticano II y, concretamente, en el momento presente.

Evangelización

La evangelización hoy nos urge a vivir y anunciar el acontecimiento de Jesucristo para el mundo del siglo XXI. El Magisterio de Pablo VI, de Juan Pablo II y, ahora, de Benedicto XVI –Papás excepcionalmente sensibles a lo que “los signos de los tiempos” sugieren a la Iglesia–, nos han señalado el camino del futuro para su vida y misión. “Evangelizar, nos dice Pablo VI en la Exhortación

Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, significa para la Iglesia, llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad [...] La finalidad de la evangelización –continúa– es por consiguiente ese cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos” (EN 46).

En este camino y en esta tarea se sitúan los Congresos de Católicos y Vida Pública –ya el número XIV este año– que desde tantas temáticas han ido abordando nuevos espacios, nuevos sectores, para actuar como católicos comprometidos en la Iglesia y en la sociedad. Porque evangelizar supone, por supuesto, el anuncio explícito del Evangelio, aunque por la misma fuerza del Evangelio busca conjuntamente “alcanzar y transformar los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación”. Palabras también de la *Evangelii Nuntiandi*, conocidas y citadas tantas veces, que siguen siendo motivadoras y estimulantes para un nuevo compromiso evangelizador.

Sociedad

La sociedad evoluciona y se configura cada vez con mayor complejidad cultural, económica, ética, espiritual, religiosa..., tanto dentro de nuestras fronteras como vista desde su creciente internacionalidad. El Magisterio social de los últimos Papas, atentos a los acontecimientos que conmueven a la sociedad y a las esperanzas que la animan, explican y precisan las enseñanzas conciliares. De Benedicto XVI sorprende y edifica la profundidad humana y teológica que encierra el diagnóstico que hace de lo que le está pasando a la familia humana de nuestros días, así como las soluciones de raíz espiritual y ética que propone.

En el Mensaje al Pueblo de Dios, al final del reciente Sínodo de los Obispos, se nos invita a reconocer en el mundo contemporáneo, y en esta sociedad en la que estamos inmersos, nuevas oportunidades de evangelización. “Los cambios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos, se dice en ese documento, nos llaman a algo nuevo: a vivir de un modo renovado nuestra experiencia comunitaria de fe, y a proclamar el anuncio mediante una evangelización ‘nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones’, (formulación acuñada por Juan Pablo II). “No nos sentimos atemorizados, nos dicen también los obispos al concluir el Sínodo, por las condiciones del tiem-

po en que vivimos. Nuestro mundo está lleno de contradicciones y desafíos, pero sigue siendo creación de Dios, y, aunque herido por el mal, siempre es objeto de su amor, y terreno suyo en el que puede ser renovada la siembra de la Palabra para que pueda dar fruto”.

Nosotros hoy estamos aquí porque también creemos que otro mundo es factible, que otra sociedad es posible. Sabemos que las “semillas del Verbo”, de las que hablan los Santos Padres, están esparcidas por toda la tierra; y queremos poner nuestra vida en el surco para que la Encarnación del Verbo siga siendo realidad en cada lugar y en cada momento de la historia.

Política

Tema no menos complejo, que necesitamos vivir ordenada, justa y pacíficamente en sociedad. Y sea cual sea la realidad política debería ser un reclamo a la búsqueda del bien común y al trabajo por construirlo entre todos. También en el Mensaje final del Sínodo se nos dice: “Un ámbito en el que la luz del Evangelio puede y debe iluminar los pasos de la humanidad es el de la vida política, a la cual se le pide un compromiso desinteresado y transparente por el bien común, en el pleno respeto de la dignidad de la persona humana desde su concepción hasta su fin natural, de la familia fundada sobre el matrimonio de un hombre y una mujer, de la libertad educativa, la promoción de la libertad religiosa, la eliminación de las injusticias, desigualdades, discriminaciones, violencia, racismo, hambre y guerra. A los cristianos se les pide un testimonio transparente porque en el ejercicio de la política viven el precepto de la caridad”.

Este Congreso nos va a situar ante el compromiso político. La respuesta de los cristianos conlleva: la presencia activa y positiva en la vida pública, dirigida a superar la desprotección de los derechos fundamentales de la persona, las familias y los grupos sociales; poner en el centro la persona humana y su realización plena; implicarse en la búsqueda del bien común y trabajar por una política abierta a los valores del Reino con el testimonio de las actitudes de servicio y gratuidad. “La ‘ciudad del hombre’ –escribe Benedicto XVI en la *Caritas in Veritate*, 6–, no se promueve sólo con soluciones de derechos y deberes, sino antes y más aún con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión”.

Evangelización, sociedad y política

Deseo y pido a Dios que este XIV Congreso Católicos y Vida Pública nos aporte pensamiento, estímulo, esperanza y nuevo impulso para hacer presente el

Evangelio en medio de las estructuras temporales. A pesar de las dificultades y precisamente por ellas. Aquí y ahora, en esta sociedad que es la nuestra y en este tiempo que es el nuestro, por donde además ¡tenemos la suerte de que también está pasando la Historia de la Salvación!